

EDITORIAL

Un nuevo curso comienza en nuestras Escuelas de Arquitectura. Todos hemos visto, en pocos años, adaptaciones sobre la marcha de capacidad y organización, para dar cabida a promociones día por día más numerosas. Soluciones de emergencia. Soluciones de voluntad carentes de probabilidades de éxito. Las cifras de matrículas se multiplican por dos, por cuatro, por diez..., por veinte.

Nuestra profesión posee, sin duda, una faceta creadora y artística que contribuye a la realización de la personalidad, expresión del propio yo en este mundo cada día más monótono, más chato. Ofrece atrayente simbiosis entre técnica, ídolo, y estética, hombre. A nadie extraña que tenga garra entre la juventud, que exista una eclosión de vocaciones.

Lo que deseamos es que sean vocaciones auténticas. Vocaciones de entrega y espíritu, porque nada hay fácil en el camino. Nuestra función social nos obliga al compromiso irrenunciable, que a veces nos sitúa frente a todo, incluso frente a nosotros mismos. Hemos de asumir deberes y responsabilidades establecidas en otro período técnico y hoy anacrónicamente difíciles. Padecemos graves dificultades, consecuencia de la competencia en vertiginosa aceleración y de la mala distribución del trabajo, a lo que se suma el constante aumento de sus costes.

Debemos decirles que habrán de superar cualquier espejismo triunfalista. Que de tantos como comienzan, ninguno se hará rico en la profesión, y a todos aguarda una vida dura y difícil de trabajo, donde el primero de ellos será encontrarlo. Pero que también, en su vocación y voluntad estará el remedio de muchos problemas sociales, hacer más feliz la vida del hombre y, en fin, transmitir a una nueva generación la misma llama llegada hasta nosotros a través de los siglos, milenios, que ha visto transcurrir una de las artes más antiguas de la humanidad: la de la Arquitectura.